

# NEW LEFT REVIEW 118

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2019

## ARTÍCULOS

DANIEL FINN	Contracorrientes	7
SIMON HAMMOND	K-punk ampliado	43
KELLY ASKEW Y RIE ODGAARD	Las dos caras de la titulación	76
FRANCO MORRETTI Y OLEG SOBCHUK	Oculto a plena vista	97
WOLFGANG STREECK	Regresión progresiva	131

## CRÍTICA

KHEYA BAG	Banderas rojas en el bosque	157
ANDERS STEPHANSON	¿Potencia hegemónica neoimpresionista	167

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

**ts**  
d traficantes de sueños

---

[SUSCRÍBETE](#)

## CONTRACORRIENTES

### *Corbyn, el Partido Laborista y la crisis del Brexit*

**D**ESDE 2015, EL Partido Laborista británico se ha distinguido de la imagen general del centro izquierda en Europa. Bajo un liderazgo ridiculizado desde el principio como un remanente fosilizado, cuya estrategia estaba destinada a provocar una calamidad, los laboristas se han recuperado del declive electoral y organizativo durante un periodo en el que sus partidos hermanos en Francia y Alemania han caído en una crisis sin precedentes. El espectacular aumento del número de afiliados lo ha convertido en el mayor partido político de Europa occidental. Su líder, Jeremy Corbyn, un veterano del ala izquierda que se acercaba a la jubilación cuando la pugna por el liderazgo en 2015 lo catapultó al centro del escenario, está actualmente en condiciones de convertirse en el próximo primer ministro británico. El cambio ha sido tanto más notable cuanto que durante un cuarto de siglo el Partido Laborista fue el partido de centroizquierda más agresivamente militarista y neoliberal del mundo capitalista desarrollado.

Sin embargo, el proyecto Corbyn afronta una serie de obstáculos que pueden resultar insuperables. El propio partido está lejos de ser un instrumento fiable en sus manos: si bien Corbyn y sus aliados han fortalecido su posición desde el avance electoral de 2017, aún afrontan una hostilidad incesante de la derecha del partido, que complementa la de sus oponentes conservadores y de los principales medios de comunicación. Su programa de reforma socialdemócrata puede ser modesto desde una perspectiva histórica, pero representa una desviación suficiente de la ortodoxia establecida como para provocar una feroz resistencia del

mundo empresarial y de la maquinaria del Estado, especialmente si Corbyn intenta también reformar la política exterior británica después de asumir el cargo. Antes de llegar a ese punto, los laboristas deben abordar un problema, la salida de Gran Bretaña de la UE, que atraviesa las entrañas de su coalición electoral y no tiene precedentes en la experiencia británica de posguerra. El Brexit ha sumido en la confusión al conjunto del campo político y los laboristas tendrá que luchar por lograr una mayoría en el parlamento después de las próximas elecciones, incluso si logra ser el partido más votado. Las condiciones de sus probables socios de coalición, los Liberal Demócratas y el Partido Nacional Escocés, podrían incluir la supresión de cualquier proyecto específico de Corbyn.

Todos los factores parecen apuntar hacia la derrota final, excepto uno: el hecho de que el corbynismo haya sobrevivido contra viento y marea hasta alcanzar su posición actual. Después de casi cuatro años de un experimento político sorprendentemente tenaz, debería ser posible hacer un balance provisional. Este artículo examinará el alcance de la transformación interna del Partido Laborista bajo la dirección de Jeremy Corbyn, como condición previa necesaria para obtener un éxito de mayor envergadura. ¿Cuál es el estado actual de la situación dentro del partido? ¿Cómo ha afrontado el liderazgo de Corbyn su tratamiento por parte de los medios británicos y los desafíos del proceso Brexit?

### *El laborismo realmente existente*

A diferencia de los nuevos movimientos de izquierda que han salido a la luz en Grecia, España o Francia desde la crisis financiera, las tendencias comparables en Gran Bretaña se han canalizado a través de un partido establecido desde hace mucho tiempo con un bagaje organizativo de más de un siglo tras él. El Partido Laborista británico nació relativamente tarde: a principios del siglo XX, en un momento en que los socialdemócratas alemanes ya se habían convertido en la mayor fuerza en el Reichstag, los laboristas apenas comenzaban a emerger de la sombra del Partido Liberal. El partido adoptó desde el principio una actitud reverente hacia la madre de todos los parlamentos. Una constitución redactada por Sidney Webb en 1918 codificó su ideología y forma organizativa. Las organizaciones de distrito del partido [*Constituency Labour Parties*] permitieron por primera vez la afiliación individual, reflejando los límites de las circunscripciones electorales y no el lugar de trabajo o la comunidad residencial. La Cláusula Cuarta de su nueva constitución,

que comprometía nominalmente a los laboristas a «la propiedad común de los medios de producción, distribución e intercambio», atrajo a los radicalizados por el espíritu de los tiempos. Pero el poder real dentro del partido recaía en los líderes sindicales, que suministraban la mayor parte de su financiación, y se expresaba en la votación en bloque en las conferencias laboristas y en el Comité Ejecutivo Nacional (CEN), mientras que la deferencia hacia Westminster daba al grupo parlamentario del partido total autonomía con respecto a los miembros de base.

Después de dos gobiernos minoritarios –el segundo de los cuales terminó en catástrofe para los laboristas– y la formación de gobiernos de coalición nacional en ambas guerras mundiales, el partido tuvo finalmente la oportunidad de gobernar desde una posición de fuerza después de su aplastante victoria en 1945. El gobierno de Clement Attlee mostró los límites de las ambiciones reformistas del laborismo, incluso en su punto culminante. En un momento de enorme deseo popular de cambio, su agenda se mantuvo dentro de límites estrictos. La nacionalización de ciertas industrias nunca pretendió ser el primer paso hacia un sistema económico socialista: el objetivo del laborismo era presidir una «economía mixta» en la que predominaría la propiedad privada. El gobierno de Attlee también ilustró otra característica perenne del laborismo, desde Ramsay MacDonald hasta Tony Blair: su compromiso inquebrantable con el «papel global» de Gran Bretaña. En los días del imperio, eso significaba un apoyo sin fisuras a la Gran Guerra y la Oficina Colonial; después de 1945, el atlantismo generalizado de la Guerra Fría, la búsqueda ferviente de la bomba atómica y los recortes al gasto social para financiar operaciones militares en Corea y Malasia.

En el partido laborista había un ala izquierda que se tomaba en serio las ideas incluidas en la Cláusula Cuarta, pero que no podía desafiar seriamente a los líderes. Desde la Liga Socialista de la década de 1930 hasta los bevanitas dos décadas después, las corrientes socialistas se rompieron contra dos rocas inamovibles: el voto sindical en bloque y la autonomía del grupo parlamentario laborista<sup>1</sup>. El esfuerzo más decidido se produjo después de la derrota electoral de 1979, en un intento de poner punto final y alejarse de los presupuestos de austeridad ordenados por el FMI al gobierno de Callaghan. La Campaña por la Democracia en el Partido

---

<sup>1</sup> Simon Hannah, *A Party with Socialists in It: A History of the Labour Left*, Londres, 2018.

Laborista propuso reformas en sus estatutos que someterían a todos los diputados a la ratificación obligatoria de sus organizaciones de distrito del partido y cambiarían el sistema para elegir al líder del partido: a partir de ese momento, un colegio electoral tripartito, que representaría a diputados, sindicatos y miembros del partido, realizaría la elección, en lugar de hacerlo solo el grupo parlamentario del mismo. La corriente de izquierdas agrupada en torno a Tony Benn esperaba que estos remedios organizativos crearan un marco parlamentario suficientemente combativo para llevar a la práctica un programa más radical.

Sin embargo, los parlamentarios del partido tenían otras ideas. Una fracción liberal-atlantista de la derecha laborista se separó para formar el Partido Socialdemócrata (SDP), anatematizando a sus antiguos colegas y dividiendo el voto anticonservador. Las divisiones internas, la escisión del SDP, el torpe liderazgo de Michael Foot y el «factor Malvinas» que favoreció a Margaret Thatcher después de su victoria en el Atlántico Sur dejaron al Partido Laborista fuera de combate para las elecciones generales de 1983. Se produjo una incesante venganza contra la izquierda bennita, bajo la dirección de Neil Kinnock. Cuando Tony Blair se convirtió en primer ministro en 1997, el programa del Partido Laborista estaba más a la derecha de cualquiera presentado por sus predecesores más conservadores. Blair y Gordon Brown, su canciller y luego sucesor, confirmaron las características principales del acuerdo en vigor tras el abandono de la escena política por parte de Thatcher, hecho que supondría la preservación de sus draconianas leyes antisindicales y el mantenimiento de las industrias privatizadas fuera del alcance del Estado. En algunos aspectos fueron más allá de lo que Thatcher se había atrevido, como sucedió con la imposición de las tasas de matrícula universitaria, la introducción de la independencia del Banco de Inglaterra y la intensificación de la «mercantilización» de la educación y la sanidad. Brown también alentó las peores tendencias del sector financiero británico bajo la rúbrica de la «regulación ligera». En el escenario internacional, el Partido Laborista asumió un papel beligerante que no se había visto desde los últimos días del Imperio, sirviendo como perro de presa fiel de Washington desde los Balcanes hasta Afganistán e Iraq<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Tony Wood, «Good Riddance to New Labor», *NLR* 62, marzo-abril de 2010; ed. cast.: «Nuevo Laborismo: adiós y muy buenas», *NLR* 62, mayo-junio de 2010, pp. 5-27.

La oposición radical a las políticas de Blair y Brown sobrepasó totalmente al Partido Laborista, paralizando a su fracción izquierdista residual. En 2010, cuando el Partido Conservador volvió al gobierno en coalición con los Liberal Demócratas, diputados como Jeremy Corbyn y John McDonnell se parecían más a los refugiados de una Atlántida bennita que a la vanguardia de un futuro renacimiento de la izquierda<sup>3</sup>. En vísperas de la llegada de Corbyn a la dirección del Partido Laborista, McDonnell describió aquel momento como «el más oscuro que los socialistas británicos han afrontado desde que cayó el gobierno de Attlee en 1951», caracterizado por «la abrumadora incorporación de gran parte del Partido Laborista al sistema político y económico que ese partido debía supuestamente transformar»<sup>4</sup>. Para comprender la escala del desafío al que se enfrentaban Corbyn y sus seguidores es vital reconocer que este análisis era bastante exacto en la mayoría de sus aspectos.

### *El intruso*

Pero en el verano de 2015, tras el triunfo electoral conservador, tres factores estaban a punto de transformar esa situación. El primero, el más difícil de cuantificar, era la creciente cólera hacia las medidas de austeridad de David Cameron y George Osborne posteriores a la crisis, especialmente entre los jóvenes económicamente vulnerables, que dio lugar, siguiendo los vientos que soplaban desde Grecia y España, así como del «movimiento de las plazas» y de Occupy, a una voluntad de considerar soluciones más radicales e igualitarias a la crisis. En segundo lugar, cuando el sucesor de Brown, Ed Miliband, trató de reformar el proceso mediante el que se elegía al líder laborista, aquello se convirtió en un gol en propia puerta para la elite del partido.

El sindicato Unite había venido promoviendo la selección de candidatos cercanos como un leve correctivo de la larga práctica por la que miembros leales al ala derecha del partido eran lanzados en paracaídas a escaños

---

<sup>3</sup> Andy Beckett, «The Wilderness Years: How Labour's Left Survived to Conquer», *The Guardian*, 3 de noviembre de 2017.

<sup>4</sup> John McDonnell, «What Now? Three Tasks for the Left», *Labor Briefing*, 27 de mayo de 2015. John McDonnell nació en Liverpool en 1951; fue elegido para el Greater London Council en 1981 y trabajó como su jefe de finanzas bajo Ken Livingstone, pero renunció en protesta por la negativa de este a desafiar al gobierno de Thatcher por la limitación del techo presupuestario municipal; se convirtió en diputado en 1997 por una circunscripción de los alrededores de Londres; intentó la nominación para postularse para el liderazgo laborista en 2007 y 2010, quedando fuera en ambas ocasiones.

laboristas seguros. Las denuncias en gran parte ficticias de artimañas organizativas por parte de funcionarios de Unite en el distrito electoral escocés de Falkirk llevaron a Miliband a encargar un informe sobre el vínculo partido-sindicatos. La *Collins Review* instó a una serie de medidas para debilitar el poder de estos, incluida la retirada de su cuota de un tercio de los votos para las elecciones de líder nacional. El secretario general de Unite, Len McCluskey, lo aceptó a cambio de un movimiento simétrico por parte de los representantes parlamentarios del Partido Laborista: los diputados laboristas ya no podrían servir como guardianes de la dirección, aparte del requisito de que cualquier candidato tendría que ser respaldado por el 15 por 100 del grupo parlamentario laborista<sup>5</sup>. Por primera vez, los líderes laboristas serían elegidos siguiendo la norma de un miembro, un voto. La facción blairita agregó la sugerencia de que a los no afiliados se les permitiera registrarse como simpatizantes por una cuota de tres libras y emitir su propio voto, a imagen del modelo estadounidense de primarias abiertas<sup>6</sup>. Inesperadamente se habían creado en aquel momento las precondiciones organizativas para el ascenso de Jeremy Corbyn.

Finalmente, el resultado de la elección de líder en 2015 se debió tanto a las múltiples debilidades del grupo dirigente del partido como al descubrimiento de una fuerza inesperada entre sus críticos de izquierda. Tras la rotunda derrota de Miliband en las elecciones de 2015 –232 escaños frente a los 330 de Cameron–, miembros del partido, simpatizantes y sindicatos reiteraron por igual la necesidad de un cambio de dirección. El balance calamitoso en Escocia, donde el Partido Nacionalista Escocés (PNE) lo había derrotado tras vincular la causa de la independencia a la oposición a la austeridad, ofreció una lección especialmente significativa. Sin embargo, los candidatos de la corriente mayoritaria propusieron unánimemente virar a la derecha en respuesta al fracaso de Miliband, dejando a Corbyn como el único abanderado de un enfoque diferente.

Jeremy Corbyn, nacido en 1949 y criado en una familia inconformista en la zona rural de Shropshire, participó activamente en el movimiento antirracista local desde su adolescencia. Con 25 años más o menos

---

<sup>5</sup> Len McCluskey: nacido en Liverpool en 1950; empleado en la compañía portuaria de la ciudad antes de convertirse en funcionario a tiempo completo del Sindicato de Trabajadores Generales y de Transporte [Transport and General Workers Union (TGWU)]; elegido como secretario general en 2010 después de que la TGWU se fusionara con Amicus para formar Unite.

<sup>6</sup> Alex Nunns, *The Candidate: Jeremy Corbyn's Improbable Path to Power*, Londres, 2018, pp. 35-40.

era un colaborador incondicional de la izquierda laborista de Londres. Elegido miembro de la Cámara de los Comunes en 1983 por una circunscripción del centro de Londres, Islington North, que contiene en miniatura muchas de las polaridades de la capital (entre riqueza y pobreza, comunidades nativas e inmigrantes), era conocido como un trabajador diligente de la circunscripción, interesado particularmente en los asuntos internacionales. Durante los años de Blair votó siempre en contra de la agenda económica del New Labour, desde los recortes en la asistencia social hasta la mercantilización de los servicios públicos, y en contra de sus intrusiones lesivas para las libertades civiles. El perfil público de Corbyn surgió sobre todo de su oposición a las aventuras extranjeras de Blair: condenó el bombardeo de Yugoslavia por parte de la OTAN y se opuso firmemente a las invasiones en serie y los proyectos de cambio de régimen de la «guerra contra el terror», respaldando la coalición Stop the War y sirviendo más tarde como su presidente. Se interesó mucho en la política latinoamericana y compartió las esperanzas de la «marea rosa». Los vehementes reproches que Corbyn inspira en sus oponentes, aparentemente fuera de toda proporción con el contenido de su programa, son principalmente una reacción a su coherente historial heterodoxo en cuestiones de política exterior.

El formato de las elecciones al liderazgo de 2015 permitió a Corbyn aprovechar sus puntos fuertes. Nunca fue un orador especialmente contundente, pero se sentía muy cómodo dirigiéndose a grandes multitudes o respondiendo a las preguntas de una audiencia de simpatizantes laboristas. Sus rivales habían perdido la capacidad de hacerlo, si es que alguna vez la habían tenido, entrenados para hablar como robots con los periodistas televisivos que solían ser sus interlocutores. La escasa experiencia de Corbyn en los estudios de televisión le forzó a seguir una escarpada pendiente de aprendizaje cuando ascendió a la dirección, pero su comportamiento natural fue más activo que pasivo durante aquella fase inicial. Su campaña se basó en métodos poco ortodoxos, con asambleas públicas masivas y el uso de las redes sociales para evitar los canales más manidos<sup>7</sup>. En el verano de 2015, la primera encuesta de opinión puso a Corbyn a la cabeza de la lista, una ventaja que nunca perdió. Siendo el candidato más popular entre los miembros de pleno derecho (casi el 50 por 100 de ellos votaron por Corbyn, más que a los favoritos

---

<sup>7</sup> La descripción más completa de las elecciones a la dirección laborista de 2015 se puede encontrar en A. Nunns, *The Candidate*, cit.



Andy Burnham e Yvette Cooper juntos), también ganó por un margen aplastante entre los simpatizantes. Más inesperado fue el respaldo de algunos de los grandes sindicatos, sobre todo porque Burnham, el anterior favorito, se había esforzado por darles la espalda<sup>8</sup>.

Desconcertados por la magnitud de la victoria de Corbyn (59,5 por 100 de los votos en la primera ronda, cuarenta puntos por encima de su rival más cercano), sus oponentes laboristas pronto recurrieron a mitos consoladores. Ese resultado se debía, sugirieron, al sistema de participación de simpatizantes mediante el pago de una cuota de tres libras introducido por Miliband y a una afluencia de «entristas trotskistas», que se habían valido para sus propios fines de los procesos internos del Partido Laborista. Pero era ridículo sugerir que el escasísimo número de miembros de los grupos trotskistas británicos pudiera contarse ahora por cientos de miles. Fuera por lo que fuese, la nueva ola de entusiasmo político que ahora inundaba el Partido Laborista constituía una fuerza novedosa en la escena británica.

### *Bautismo de fuego*

La primera fase del liderazgo de Corbyn se extendió desde septiembre de 2015, cuando tomó las riendas del partido, hasta las elecciones de 2017. Durante ese periodo Corbyn fue visto como un usurpador ilegítimo por los medios nacionales, la burocracia profesional del Partido Laborista y muchos de sus propios diputados. La decisión inicial de ofrecer a sus oponentes lugares en el gabinete en la sombra, una táctica nacida de la debilidad, no hizo más que agravar esa fragilidad; en diciembre de 2015 la posición de Corbyn era tan débil que se sintió obligado a conceder la libertad de voto a los líderes de su grupo parlamentario sobre los ataques aéreos en Siria<sup>9</sup>. Los periodistas se deleitaban con la corriente incesante

---

<sup>8</sup> El ejecutivo de Unite, dirigido por McCluskey, apoyó a Corbyn. El apoyo de Unison a Corbyn fue más inesperado y surgió de una maniobra táctica de su líder Dave Prentis, quien se enfrentaba a la reelección y no quería enemistarse con los activistas de izquierda del sindicato. Prentis ordenó una consulta, que indicó que nueve de las once regiones querían apoyar a Corbyn: A. Nunns, *The Candidate*, cit., pp. 152-157. De los dos sindicatos principales con equipos dirigentes de derechas, el GMB de Paul Kenny se abstuvo, mientras que la USDAW respaldó a Andy Burnham. Varios sindicatos más pequeños, que representan a trabajadores del sector alimentario, el transporte, correos y los servicios de bomberos también respaldaron a Corbyn.

<sup>9</sup> Con las excepciones de McDonnell (ministro de Economía en la sombra) y Diane Abbott (desarrollo internacional), su primer gabinete en la sombra estuvo dominado por laboristas opuestos a su liderazgo: Hilary Benn (ministra de Exteriores en

de filtraciones contra su nuevo líder procedente de los máximos responsables parlamentarios y de altos funcionarios del partido de la sede de Victoria Street, conocida como Southside, dirigida por un sindicalista de derechas, Iain McNicol. Había un gran desequilibrio entre los recursos disponibles para Southside, con más de doscientos empleados, y la oficina del líder, comparativamente pequeña, aunque incluía algunas personas muy capaces. Estos ataques incesantes exacerbaron enormemente los problemas iniciales de un equipo dirigente sin experiencia, que tuvo que improvisar un programa de campaña frente a la intensa hostilidad de los medios.

Una de las primeras líneas de ataque también resultó ser la más duradera. Grupos favorables a Israel y medios de comunicación como el *Jewish Chronicle* ya habían denunciado a Ed Miliband por su renuencia a apoyar el bombardeo de Gaza en 2014<sup>10</sup>. Ahora redoblaron sus esfuerzos para denigrar a un político con un historial mucho más sustancial de apoyo a los derechos palestinos. Naturalmente, esos esfuerzos no se centraron en las opiniones reales de Corbyn sobre Israel, que probablemente generarían una gran simpatía pública, sino que intentaron acusarlo directamente de antisemitismo. En la primavera de 2016 estaba en pleno apogeo una campaña, totalmente acorde con las necesidades de determinadas fuerzas políticas como el Partido Conservador, el ala más derechista del laborismo y sus partidarios en los medios de comunicación, para calificar al Partido Laborista de Corbyn como un «hogar inhóspito para los judíos», en palabras del subdirector de *The Guardian* Jonathan Freedland, un personaje especialmente cínico<sup>11</sup>. Sin embargo, todos los análisis serios de las pruebas mostraron que las expresiones

---

la sombra), Andy Burnham (ministro de Interior en la sombra), Heidi Alexander (Sanidad), Charles Falconer (Justicia), Lucy Powell (Educación), Angela Eagle (Empresas), Maria Eagle (Defensa) y John Healey (Vivienda).

<sup>10</sup> El director de *The Chronicle*, Stephen Pollard, es un fanático de derechas del tipo más radical: en 2006 ya había calificado a «la mayoría de los diputados y miembros laboristas» como enemigos mortales en «la batalla para preservar la civilización occidental». La limitada e ineficaz oposición a la invasión de Iraq decidida por Blair fue para Pollard una prueba más de esa «degeneración moral».

<sup>11</sup> Para más detalles sobre esta campaña, tal como se ha desarrollado desde 2016, véase Jamie Stern-Weiner, «Jeremy Corbyn Hasn't Got an "Antisemitism Problem": His Opponents Do», *openDemocracy*, 27 de abril de 2016; Richard Kuper, «Crying Wolf?», *openDemocracy*, 24 de octubre de 2016; Daniel Finn, «Corbyn Under Fire», *Jacobin*, 9 de abril de 2018, y «The Antisemitism Controversy», *Jacobin*, 16 de septiembre de 2018; Antony Lerman, «The Labour Party, "Institutional Antisemitism" and Irresponsible Politics», *openDemocracy*, 21 de marzo de 2019. Gran parte del trabajo que refuta las calumnias individuales se ha llevado a cabo en las redes sociales,

de prejuicios antijudíos en el Partido Laborista eran marginales y no representaban al conjunto de sus miembros<sup>12</sup>. Los dirigentes laboristas hicieron un gran esfuerzo, que no fue reconocido, para modernizar el proceso disciplinario del partido a fin de lidiar con el pequeño número de casos auténticos; mientras tanto, los funcionarios de derechas en Southside hicieron todo lo posible para ralentizar ese proceso, sabiendo que Corbyn aparecería como culpable de su propia negligencia<sup>13</sup>. Pero los medios británicos se negaron firmemente a aplicar los estándares profesionales más básicos en su informe de la controversia, siendo *The Guardian* y la BBC de los más recalcitrantes<sup>14</sup>.

Pese a estas desventajas y obstáculos, los laboristas aún se encontraban a escasa distancia de los conservadores en las encuestas de opinión durante el periodo previo al referéndum del Brexit de junio de 2016. Durante la campaña de este, Corbyn llevó al Partido Laborista a adoptar una posición de «permanencia crítica», resistiendo la presión para unirse a la campaña oficial, «Stronger In», dirigida por David Cameron. Aunque algunas figuras de la derecha laborista se burlaron, la negativa de Corbyn a apoyar el frente liderado por el gobierno fue correcta en principio y también políticamente sensata, a la luz de la desastrosa experiencia del Partido Laborista después de hacer campaña con los conservadores en el referéndum de independencia escocés de 2014. En el lema «Permanecer y reformar» planteado por los laboristas había una ambigüedad básica. Por un lado, podría significar «permanecer en la UE y trabajar con otros gobiernos nacionales para cambiar su carácter» y, de hecho, Corbyn abogó por ese planteamiento en varios de sus discursos de campaña, al tiempo que criticaba el historial real de la Unión (especialmente su brutal ataque a la democracia griega el verano anterior)<sup>15</sup>. Pero el eslogan del Partido Laborista también podría leerse en

---

pero el blog de Stern-Weiner es una excelente fuente de información sobre casos específicos.

<sup>12</sup> Un comité parlamentario hostil no pudo encontrar «ninguna evidencia empírica fiable que apoye la idea de que existe dentro del Partido Laborista una prevalencia de actitudes antisemitas mayor que en cualquier otro partido político», aunque enterró esa conclusión en el cuerpo de su informe: House of Commons Home Affairs Committee, *Antisemitism in the UK*, 16 de octubre de 2016, p. 46.

<sup>13</sup> Alex Wickham, «Leaked Emails Reveal Labour's Compliance Unit Took Months to Act Over Its Most Serious Antisemitism Cases», *BuzzFeed News*, 11 de mayo de 2019.

<sup>14</sup> Justin Schlosberg and Laura Laker, *Labour, Antisemitism and the News: A disinformation paradigm*, Media Reform Coalition, septiembre de 2018.

<sup>15</sup> Jeremy Corbyn, «Don't Blame Migrants or the EU For Britain's Problems», *LabourList*, 16 de junio de 2016.

un sentido más limitado, como un mandato para permanecer en la UE y llevar a cabo reformas socialdemócratas a escala nacional, poniendo a prueba los límites de las normas europeas.

El líder laborista se esforzó por desbrozar ese mensaje por varias razones. En primer lugar, los boletines de noticias de la televisión se concentraban abrumadoramente en las facciones conservadoras rivales lideradas por Cameron y Boris Johnson, sin prestar atención a los discursos y entrevistas de Corbyn. El hecho de que el voto por la permanencia en la UE fuera, funcionalmente, un voto a favor del *statu quo*, también impidió que Corbyn aprovechara la misma energía insurgente de la campaña electoral del Partido Laborista del año siguiente. Pero otro factor clave fue la incesante información contra él por parte de sus adversarios internos. Confiando en que la opción de la permanencia ganara cómodamente, la derecha laborista creyó conveniente aprovechar la campaña del referéndum como arma fraccional, diciendo a los periodistas afines que la línea de Corbyn era, en realidad, un argumento para abandonar la UE.

### *Terremoto*

El resultado del referéndum reveló un panorama político fracturado que habían ocultado durante mucho tiempo las fortificaciones parlamentarias del sistema de Westminster. Fortalezas tradicionales de los laboristas en las deprimidas regiones postindustriales de las Midlands, Gales y el norte de Inglaterra agregaron sus votos partidarios del abandono a los de los condados conservadores, las zonas de retiro de la costa sur y East Anglia, superando en número (52 frente al 48 por 100) a las mayorías favorables a la permanencia presentes en el Gran Londres, Escocia e Irlanda del Norte<sup>16</sup>. En lugar de detenerse para registrar esta conmoción histórica en el orden político británico, y con las filas conservadoras en completo estado de desorden, los enemigos de Corbyn en el grupo parlamentario laborista lanzaron contra él un inmediato desafío por el liderazgo del partido, basado en la afirmación de que había «saboteado deliberadamente» la campaña del referéndum. En un examen más detallado, la acusación principal fue que Corbyn se había negado a decir que la inmigración era algo malo; con otras palabras, era demasiado internacionalista para su

---

<sup>16</sup> Véase un análisis regional detallado en Tom Hazeldine, «Revolt of the Rustbelt», *NLR* 105, mayo-junio de 2017; ed. cast.: «La rebelión de las áreas industriales deprimidas», *NLR* 105, julio-agosto de 2017, pp. 57-88.

gusto<sup>17</sup>. No había peligro de que tales contradicciones flagrantes fueran destacadas por los medios de comunicación, que aplaudían a rabiar, y así la idea de Corbyn como partidario encubierto de la salida de la UE cobró vida propia<sup>18</sup>. Usando tácticas perfeccionadas por Tom Watson en sus días como esbirro de Brown contra Blair, un elevado número de los miembros del gabinete en la sombra del partido renunciaron en rápida sucesión y los diputados laboristas aprobaron un voto de desconfianza hacia Corbyn por una gran mayoría: ciento setenta y dos frente a cuarenta<sup>19</sup>.

A la larga, aquellas renunciaciones cuidadosamente orquestadas demostraron ser una bendición, que permitió a Corbyn reorganizar su equipo y promover a los parlamentarios más jóvenes que eran más leales (y a menudo más capaces) que los titulares. Pero el impacto a corto plazo de la operación orquestada por la derecha del grupo parlamentario laborista fue extremadamente perjudicial. Cuando Corbyn se negó a renunciar, sus oponentes no tuvieron más remedio que desencadenar una pugna por el liderazgo, pero fracasaron en su intento de mantenerlo fuera de la papeleta electoral después de que la mayoría de los representantes sindicales en el Comité

---

<sup>17</sup> Laura Kuenssberg, «Corbyn Office “Sabotaged” EU Remain Campaign — Sources», *BBC News*, 26 de junio de 2016.

<sup>18</sup> Parece que no hay razón para dudar de que la opinión personal de Corbyn era la que expresó a sus amigos cuando Cameron se comprometió a celebrar un referéndum sobre la pertenencia a la UE (mucho antes de que se planteara que podía convertirse en el líder del Partido Laborista): Corbyn argumentó que sería un error abandonar la UE en las condiciones determinadas por la derecha euroescéptica, que gozaría entonces de una posición fuerte para remodelar las relaciones internas y externas de Gran Bretaña.

<sup>19</sup> Tom Watson: nacido en 1967 en Sheffield y criado en la pequeña ciudad de Kidderminster (célebre por sus alfombras) en las Midlands; su padre era repartidor y su madre secretaria. Dejó la escuela a los 17 años. Deambulando por Londres, obtuvo un trabajo administrativo en la sede del Partido Laborista con Neil Kinnock. Pugnaz, intelectualmente curioso, en gran medida autodidacta, comenzó un curso de política en la Universidad de Hull en la década de 1990, pero no lo completó; se sumergió en el mundo de la política estudiantil, luego regresó al Partido Laborista como funcionario del partido, obteniendo un trabajo como delegado para el sindicato derechista Amalgamated Engineering; en 2001 Gordon Brown lo recompensó con el escaño seguro de West Bromwich East (Midlands). Seguidor acérrimo de Brown en las luchas fraccionales del New Labour y organizador de la salida de Blair en 2007, Watson fue atacado más tarde por los amigos de Blair en *The Sun*, y se vengó con la investigación de Leveson en 2011 sobre la piratería telefónica de la prensa de Murdoch. En 2013, profundamente involucrado en el escándalo de Falkirk, se vio obligado a renunciar al gabinete en la sombra de Miliband, pero se posicionó como líder adjunto en 2015, esperando que Andy Burnham asumiera el máximo cargo. Watson ha sido desde entonces el verdugo a la espera de decapitar a Corbyn: Kevin Maguire, «“What’s Tommy Up To?” How Tom Watson Became Labour’s Other Leader», *Prospect*, 29 de marzo de 2019.

Ejecutivo Nacional laborista le diera su apoyo<sup>20</sup>. El resultado fue desplazar la lucha del terreno parlamentario al conjunto de los miembros del partido, que habían aumentado considerablemente desde el verano de 2015. El intento de tumbar a su líder enfureció a los partidarios de Corbyn, y nunca hubo muchas dudas de que su rival Owen Smith sería cómodamente vencido, obteniendo poco más de la mitad (38 por 100) de los votos cosechados por Corbyn (62 por 100). Sin embargo, las tácticas de tierra quemada empleadas por sus oponentes infligió un daño importante a la posición pública del Partido Laborista.

Durante el invierno de 2016-2017, con los porcentajes del Partido Laborista en las encuestas espantosamente bajos, los opositores a Corbyn dentro del partido interno esperaban que su liderazgo acabaría pronto. Construían sus argumentos en consecuencia, esperando asumir la responsabilidad de la política del partido con respecto al Brexit en un futuro cercano. En noviembre de 2016, Tom Watson denunció a los Liberal Demócratas como «negadores del Brexit» que estaban «tratando desesperada, abierta y descaradamente de recuperar algún tipo de relevancia electoral» al «ignorar la clara decisión que el pueblo británico tomó en junio». El Partido Laborista, insistía, «nunca ignoraría la voluntad democrática del pueblo británico»<sup>21</sup>. En febrero de 2017, después de votar para activar el Artículo 50, el primer paso hacia la salida de Gran Bretaña de la UE, Chuka Umunna y Wes Streeting explicaron por qué lo consideraban necesario:

Como demócratas, creemos que debemos cumplir con el resultado nacional, que es una decisión clara de abandonar la UE. Situar en contra de esa decisión significaría profundizar las divisiones del laborismo y del país y socavar nuestra capacidad de construir una coalición que una a las ciudades con los pueblos y el campo, a los jóvenes con los viejos, a los inmigrantes con las comunidades establecidas, al norte con el sur. Tenemos que construir esta coalición para ganar unas elecciones que permitan formar gobierno al Partido Laborista<sup>22</sup>.

---

<sup>20</sup> David Kogan, *Protest and Power: The Battle for the Labour Party*, Londres, 2019, p. 290. Unite y Unison respaldaron la campaña por la reelección de Corbyn, junto con los sindicatos más pequeños representados en el ejecutivo; el GMB y USDAW apoyaron a su oponente Owen Smith.

<sup>21</sup> «Watson mocks Lib Dem “Brexit deniers” and vows Labour will not “disrespect” public by trying to overturn EU vote», *LabourList*, 25 de noviembre de 2016.

<sup>22</sup> Chuka Umunna y Wes Streeting, «Why We Labour Remainers Voted to Trigger Article 50», *iNews*, 1 de febrero de 2017.

Durante este periodo, la derecha laborista atacó repetidamente a Corbyn por su renuencia a adoptar el llamado «Brexit duro», que requería una ruptura tajante con el mercado único europeo: una decisión necesaria para quienes querían eliminar la libre circulación de mano de obra entre los países de la UE. Polly Toynbee, columnista de *The Guardian*, resumió esa línea de ataque cuando acusó al líder laborista de llevar a su partido a una «pasmosa misión kamikaze» al negarse a pedir «controles razonables» sobre la inmigración<sup>23</sup>. Watson, Umunna, Hilary Benn, Yvette Cooper y Andy Burnham insistieron en exigir un cambio de política. La presión se manifestó finalmente en los primeros meses de 2017, en un momento de gran debilidad política para Corbyn, que se retiró de su posición anterior contra las nuevas restricciones, pero se negó a decir que la inmigración era demasiado alta y dejó espacio para pivotar hacia el mantenimiento del *statu quo, de facto* si no *de jure*, si esa era la mejor manera de garantizar un aterrizaje suave cuando Gran Bretaña abandonara la UE. Pero la postura equívoca de Corbyn sobre ese tema fue desmoralizante para muchos de sus partidarios: con honrosas excepciones, especialmente la ministra de Interior en la sombra Diane Abbott —ella misma diana de implacables insultos racistas y sexistas—, los laboristas no utilizaron todo su capital político para combatir sin ambages los prejuicios contra los inmigrantes.

### *Unas elecciones decisivas*

En abril de 2017, cuando Theresa May convocó anticipadamente elecciones generales, la ventaja promedio para el Partido Conservador en las encuestas era del 18,5 por 100, respaldado por los exvotantes del UKIP. Columnistas de *The Guardian*, desde Polly Toynbee hasta Zoe Williams y Owen Jones, habían instado a Corbyn a renunciar. Según todos los precedentes, los laboristas se enfrentaban a un desastre electoral que podía superar al de 1983. El resultado final dejó a los comentaristas políticos del país desconcertados, y pasó algún tiempo antes de que pudieran dar una explicación que negara a Corbyn y a la izquierda cualquier crédito por el resultado. El voto del Partido Laborista creció del 30 al 40 por 100 —el mayor aumento protagonizado por cualquiera de los dos principales partidos desde 1945— y los laboristas ganaron treinta escaños, privando a May de su mayoría parlamentaria. La explicación de los expertos atribuía

---

<sup>23</sup> Polly Toynbee, «The Best of Corbyn — and the Worst», en The Panel: «Did Jeremy Corbyn's Conference Speech Win Over the Party?», *The Guardian*, 28 de septiembre de 2016.

a May la responsabilidad total del fiasco. Pronto se agregó un giro adicional a la misma, culpando a Corbyn por no obtener una victoria absoluta contra un oponente tan débil.

Las deficiencias personales de May no habían sido tan obvias en los primeros meses de 2017, cuando su tratamiento en la prensa liberal rayaba en la hagiografía<sup>24</sup>. La líder conservadora demostró ciertamente un bajo nivel en la campaña y su partido cometió varios errores gratuitos (especialmente el llamado «impuesto a la demencia»). Pero el principal resultado de las elecciones fue un aumento del Partido Laborista, no un colapso de los conservadores. El 42 por 100 de los votos obtenido por May seguía siendo el mejor resultado para su partido desde 1987, y en circunstancias normales le habría dado a los conservadores una mayoría cómoda. En cambio, perdió trece parlamentarios y tuvo que apoyarse en el Partido Democrático Unionista norirlandés (derecha dura) para mantenerse en el poder.

La campaña encabezada por Corbyn utilizó las técnicas novedosas ya empleadas con ocasión de la elección de líder en 2015, sólo que a una escala mucho más amplia, con un llamamiento intensivo al voto, asambleas públicas y una estrategia de medios sociales muy efectiva<sup>25</sup>. Su pieza central fue un manifiesto sobre las políticas socialdemócratas: «Fort he Many, No the Few», que tocó la fibra popular después de años de austeridad y regresión social. El manifiesto trató de desviar la atención política sorteando la relación de Gran Bretaña con la UE: aceptaba el resultado del referéndum y se inclinaba notablemente hacia un «Brexit suave»<sup>26</sup>. El apartado de política exterior, redactado por un comité del grupo parlamentario laborista, mantenía la ortodoxia atlántica en la OTAN y los Trident; pero la respuesta de Corbyn a un atentado terrorista en Manchester durante la campaña resultó ser un punto de inflexión crucial. Los mensajes políticos del Partido Conservador ya lo habían retratado como un siniestro cómplice de los terroristas. La sabiduría convencional dictaba que Corbyn se alineara mansamente detrás

---

<sup>24</sup> Jason Cowley, «The May Doctrine», *New Statesman*, 8 de febrero de 2017.

<sup>25</sup> Dan Hancox, «“There Is No Unwinnable Seat Now” — How Labour Revolutionized Its Doorstep Game», *The Guardian*, 13 de junio de 2017.

<sup>26</sup> *For The Many Not The Few: The Labour Party Manifesto 2017*, pp. 23-32. El manifiesto se comprometía a «priorizar los empleos y el nivel de vida» y a negociar con «un fuerte énfasis en mantener los beneficios del Mercado Único y la Unión Aduanera». Declaraba que «la libertad de movimiento terminará» después de la salida del país de la UE, sin decir qué ocuparía su lugar.



de May tras el atentado de Manchester, como hizo el Partido Demócrata estadounidense después de los atentados del 11 de septiembre de 2001. Pero el círculo íntimo del líder laborista decidió lanzar un desafío directo a la «guerra contra el terrorismo» con un discurso importante, argumentando que las guerras de cambio de régimen no solo habían fracasado en sus propios términos, sino que también habían hecho del mundo un lugar más peligroso. El discurso fue bien recibido por la opinión pública y amplió el espacio para la discusión crítica del papel destructivo de Gran Bretaña en Oriente Próximo<sup>27</sup>.

Las predicciones de que los reductos tradicionales del Partido Laborista en el norte de Inglaterra caerían ante un Partido Conservador impulsado por el Brexit demostraron estar muy equivocadas<sup>28</sup>. Los laboristas mejoraron incluso sus resultados en las circunscripciones del norte de Inglaterra, al tiempo que obtenían nuevos escaños en Londres, Escocia, Gales y el sur de Inglaterra, especialmente en áreas con altas concentraciones de estudiantes. Se produjo una polarización espectacular entre las distintas franjas de edad. Los laboristas superaron a los conservadores en todas las cohortes demográficas por debajo de los 50 años, obteniendo el 66 frente al 19 por 100 entre los votantes primerizos y el 55 frente al 29 por 100 entre los treintañeros. Los conservadores confiaban en que una mayoría igualmente notable entre los votantes mayores les apoyara<sup>29</sup>. Hasta cierto punto, la edad se había convertido en un representante de factores como la propiedad de la vivienda o la situación laboral que tienen un marcado impacto en las perspectivas económicas de una persona. Los resultados de los laboristas en 2010 y 2015 había sido tan pobres que un regreso directo al gobierno estaba fuera de su alcance: se necesitarían al menos dos rondas electorales para lograr que el partido volviera a ser un candidato serio a ocupar el poder. El resultado electoral de 2017 completó el primer paso de ese proceso.<sup>30</sup>

---

<sup>27</sup> «Jeremy Corbyn's Speech on the Manchester Attack and British Foreign Policy in Full», *iNews*, 26 de mayo de 2017.

<sup>28</sup> T. Hazeldine, «Revolt of the Rustbelt», cit., pp. 74-76.

<sup>29</sup> Chris Curtis, «How Britain Voted at the 2017 General Election», *YouGov*, 13 de junio de 2017. Esa polarización era un acontecimiento muy reciente: en 2010 los dos partidos estaban emparejados entre los jóvenes entre los 18 y los 24 años, y los conservadores tenían una ventaja de cinco puntos en el grupo de edad de 24 a 34 años: Ipsos MORI, «How Britain Voted in 2010», 21 de mayo de 2010.

<sup>30</sup> Stephen Bush, «Basking in a Surprise Success, Corbyn's Team is Preparing for Victory Next Time», *New Statesman*, 15 de junio de 2017.

## Consolidación

El triunfo electoral de Corbyn abrió una nueva fase de consolidación que duró hasta los primeros meses de 2019. Después de las múltiples renunciaciones a raíz del «golpe orquestado contra él en junio de 2016 (el denominado «golpe del pollo»), su gabinete en la sombra formó ahora un equipo más coherente y solidario. En una inversión del patrón habitual, los parlamentarios de primera línea del Partido Laborista están ahora muy a la izquierda del grupo. Aun así, el gabinete en la sombra no es en modo alguno uniformemente «corbynita»: solo siete de sus treinta y un miembros actuales pertenecen al Campaign Group, el cónclave histórico de izquierdas del Partido Laborista<sup>31</sup>. Dos puestos clave, asuntos exteriores y defensa, están ocupados por políticos –Emily Thornberry y Nia Griffith–, cuyo apoyo táctico a Corbyn no debe confundirse con un compromiso profundo con su agenda<sup>32</sup>.

El grupo parlamentario laborista se ha renovado sustancialmente desde la derrota de Brown en 2010. Parte de los blairitas se retiraron en aquel momento; algunos se trasladaron a la Cámara de los Lores y la pérdida de docenas de escaños escoceses en 2015 eliminó a muchos brownitas acérrimos. De los doscientos cuarenta y seis parlamentarios que actualmente obedecen la disciplina laborista en Westminster, ciento cincuenta y dos se han incorporado al Parlamento británico después de 2010. El grupo parlamentario es ahora mucho más joven, con más probabilidades de que sus miembros provengan de un sindicato o de un gobierno local que de los grupos de expertos o equipos mediáticos, que contribuyeron con tantos candidatos al Nuevo Laborismo; pero los cambios en su carácter político han sido mucho más limitados. Diecinueve parlamentarios pertenecen ahora al Grupo de Campaña, menos del 8 por 100 del grupo parlamentario laborista. De los noventa y dos elegidos por primera vez en 2015 o 2017, sólo diez se han unido a él<sup>33</sup>.

---

<sup>31</sup> Esta cifra excluye al propio Corbyn, quien dejó su puesto en el Socialist Campaign Group al convertirse en líder.

<sup>32</sup> Como muestra de la cosmovisión de Thornberry, véase su discurso a los Labour Friends of Israel en el centenario de la Declaración Balfour, en el que elogió a Israel como un faro de libertad y denunció la campaña BDS como «fanatismo contra la nación israelí». Griffith, que anteriormente había votado contra la renovación del arsenal nuclear de Gran Bretaña, se ha convertido en fiel portavoz del Ministerio de Defensa desde su nombramiento como ministra laborista de Defensa en la sombra, e incluso aplaudió una propuesta conservadora para otorgar a los soldados británicos inmunidad contra eventuales enjuiciamientos derivados de sus acciones.

<sup>33</sup> De los nuevos miembros del Socialist Campaign Group –Rebecca Long-Bailey, Richard Burgon, Kate Osamor, Emma Dent Coad, Imran Hussain, Karen Lee, Laura Pidcock, Lloyd Russell-Moyle, Laura Smith y Dan Carden–, la mayoría nacieron después de 1980.

La derecha laborista tiene varios instrumentos organizativos para coordinar sus maniobras faccionales, desde Progress, una compañía privada dirigida por Peter Mandelson desde la Cámara de los Lores, hasta el grupo mayoritariamente brownita Tribune. Tom Watson, todavía instalado en su posición como vicepresidente, lanzó un desafío en marzo de 2019 al crear el Future Britain Group, una «agrupación de facciones anteriores», en palabras de su coordinador Darren Jones<sup>34</sup>. Watson pronto reclutó ochenta parlamentarios –un tercio del grupo parlamentario laborista– y setenta miembros de la Cámara de los Lores para su proyecto, que unió a los antiguos discípulos de Blair y Brown contra el enemigo común. Sin embargo, la mayoría de los parlamentarios laboristas tal vez se describan mejor, tomando prestada una metáfora de Tony Benn, como veletas, no postes indicadores, que giran de acuerdo con los vientos dominantes, siendo su apoyo al proyecto de Corbyn, en el mejor de los casos, poco entusiasta y condicionado al éxito en las urnas.

Los activistas laboristas replantearon la demanda tradicional de que las organizaciones locales puedan volver a ratificar a sus candidatos al Parlamento, dándole un nuevo nombre, «selección abierta». Pero la conferencia del Partido Laborista de 2018 obvió esa petición, optando por un compromiso negociado por los sindicatos y el Comité Ejecutivo Nacional (CEN). Hubo una gran división entre los miembros del partido y los delegados sindicales sobre el tema, y Len McCluskey, de Unite, lo debatió públicamente con el diputado de izquierdas Chris Williamson, partidario de la selección abierta<sup>35</sup>. La enmienda diluida facilitó el desafío a los diputados titulares, pero obligaba a las organizaciones locales a realizar una campaña negativa contra ellos<sup>36</sup>. Si los activistas del partido no están dispuestos a soportar las convulsiones que seguramente se producirán cuando se anuncie la primera votación, la coloración política actual del grupo parlamentario laborista puede autoperpetuarse con cierta facilidad<sup>37</sup>.

---

<sup>34</sup> Joe Watts, «Future Britain Group: More Than 150 Labour Figures Join New Group “To Save the Party” Following Resignations Over Jeremy Corbyn’s Leadership», *The Independent*, 11 de marzo de 2019.

<sup>35</sup> Funcionarios de Unite se han esforzado en asegurar la nominación de sus candidatos favoritos en las circunscripciones en las que los laboristas pretendían ganar: Eleni Courea, «Unite and Momentum Candidates Dominate Labour’s Selection Races», *The Observer*, 5 de enero de 2019.

<sup>36</sup> El proceso de reemplazo de los parlamentarios conservadores es mucho más sencillo: la ejecutiva local del partido puede exigir en cualquier momento que el correspondiente parlamentario vuelva a postularse como candidato oficial y someter su solicitud a una votación secreta.

<sup>37</sup> Tom Blackburn, «The Trigger Battle», *Tribune*, 10 de julio de 2019.

Corbyn y sus aliados han logrado en cambio avances constantes dentro del aparato del CEN y del partido, con la ayuda de los sindicatos. El CEN, formado por treinta y nueve miembros, es actualmente un mosaico de diferentes agentes institucionales, con cuatro puestos asignados al gabinete laborista en la sombra, dos para el partido escocés y otros dos para el galés, uno para los miembros del Parlamento Europeo, etcétera. Las organizaciones locales tienen nueve representantes (hasta 2018 eran sólo seis). En septiembre de 2018 una lista de candidatos partidarios de Corbyn se hizo con los nueve puestos en el CEN directamente elegidos, asegurando una mayoría de veintiuno de los treinta y nueve para la izquierda. Con trece escaños en total, los sindicatos afiliados al Partido Laborista constituyen el grupo individual más grande en el CEN y también controlan el 50 por 100 de los delegados a la conferencia del partido<sup>38</sup>. Unite, en particular, juega un papel fundamental: si la dirección del sindicato declina respaldar una moción, es difícil que sea aprobada. Sin su apoyo era poco probable que Corbyn hubiera sobrevivido en su puesto tanto tiempo, su orientación política seguirá siendo crucial en los próximos años. La facción de la Izquierda Unida domina el ejecutivo dirigente de Unite, y la posición de McCluskey como secretario general parece segura<sup>39</sup>. En Southside, la sede del partido, Jennie Formby, de Unite, reemplazó a Iain McNicol como secretaria general del Partido Laborista en abril de 2018. Un grupo de figuras de alto rango renunciaron a sus puestos en coincidencia con la partida de McNicol<sup>40</sup>. Por primera vez se podía confiar en el cuartel general del partido para proporcionar apoyo básico al equipo dirigente de Corbyn en lugar de sabotearlo.

---

<sup>38</sup> Los cuatro grandes sindicatos –Unison (1,4 millones de miembros), Unite (1,3 millones), el GMB (620.000) y USDAW (430.000)– tienen dos puestos cada uno en el CEN; cinco sindicatos más pequeños tienen uno cada uno.

<sup>39</sup> Tom Watson respaldó a su oponente, Gerard Coyne, en las elecciones de Unite en 2017. El margen de victoria de McCluskey fue escaso (4 por 100), aunque otro candidato de izquierdas obtuvo el 13 por 100. Desde entonces, el liderazgo de Unite se ha movido contra la base de Coyne, especialmente en las West Midlands, un bastión de la política de la maquinaria de la vieja derecha.

<sup>40</sup> Iain McNicol: nacido en Dundee en 1969; trabajó como organizador estudiantil laborista, luego fue empleado por el sindicato GMB desde 1998 hasta 2011, cuando se convirtió en secretario general del partido, un puesto elegido por el CEN; fue cómplice de los movimientos para derrocar a Corbyn en el verano de 2016. Jennie Formby nació en Londres, en 1960; fue delegada de base del sindicato TGWU, posteriormente funcionaria sindical, y se convirtió en directora política de Unite después de la fusión con Amicus, representando al sindicato en el Comité Ejecutivo Nacional laborista.

## ¿Partido como movimiento?

El número de miembros del Partido Laborista aumentó espectacularmente bajo el nuevo liderazgo, de menos de 200,000 a más de medio millón, mejorando la salud financiera del partido. El instrumento más importante para los seguidores de Corbyn es Momentum, creado por el veterano bennita Jon Lansman tras la campaña de 2015 por el liderazgo<sup>41</sup>. Asegura contar actualmente con más de cuarenta mil miembros, muy por encima de las organizaciones tradicionales de la izquierda laborista como la Campaña por la Democracia, el Comité de Representación Laborista o Red Labour<sup>42</sup>. En sus comienzos, Lansman y otros líderes de Momentum como James Schneider debatieron si la nueva organización debía operar principalmente como una facción interna del partido, o aspirar a ser algo más parecido a un movimiento social. El resultado ha sido una mezcla de las dos posiciones<sup>43</sup>. Momentum ha surgido como una máquina de campaña altamente profesional, logrando obtener en las elecciones de 2017 escaños que habían sido dados por perdidos por los funcionarios de Southside y haciendo un uso creativo de las redes sociales para difundir el mensaje laborista. También ha sido eficaz para movilizar el apoyo a las listas de izquierdas en las elecciones internas del partido, aunque el proceso mediante el que se elaboran esas listas ha generado una gran controversia.

Al mismo tiempo, desde 2016 Momentum ha creado un «festival de ideas» conocido como The World Transformed en coincidencia con las conferencias del Partido Laborista, con varios días de discusión política con oradores de la izquierda británica e internacional, respondiendo claramente a una necesidad que la cultura tradicional laborista no satisfacía. Se han organizado actos regionales en ciudades como Derby, Bristol y Southampton. En Internet, Momentum está flanqueado por una serie de medios corbynititas; sitios web como *The Canary* imitan el estilo de

---

<sup>41</sup>Jon Lansman: nacido en Londres, en 1957; activo en la Campaña por la Democracia del Partido Laborista durante el apogeo del bennismo, dirigió la campaña de Benn por la vicepresidencia laborista en 1981; elegido para formar parte del Comité Ejecutivo Nacional en la lista de izquierdas en 2018, se presentó por un momento para el puesto de secretario general tras la renuncia de Iain McNicol.

<sup>42</sup>Para una perspectiva interna de esas redes, véase Ben Sellers, «The Labour Left Divide Is a Two-Way Street», *LabourList*, 22 de marzo de 2019.

<sup>43</sup>Richard Seymour, *Corbyn: The Strange Rebirth of Radical Politics*, Londres, y Nueva York 2017, pp. 58-63. Para una visión crítica de la trayectoria del grupo, véase Angus Satow, «Corbynism at a Crossroads», *New Socialist*, 14 de marzo de 2019.

los periódicos sensacionalistas, mientras que los medios de comunicación *Novara*, *New Socialist* y la revista *Tribune*, recientemente relanzada, adoptan un enfoque más analítico. Twitter se ha convertido, hasta cierto punto, en el espacio donde los partidarios de Corbyn discuten sus diferencias, con resultados a veces desconcertantes: cristalizan, se dividen y recombinan tendencias sin adquirir ninguna forma tangible. Los usuarios individuales de Twitter pueden conseguir seguidores que exceden los lectores de cualquier periódico tradicional de izquierda, pero la naturaleza del medio fomenta los eslóganes unidimensionales más que un análisis cuidadoso.

En Escocia y Gales, dos redes izquierdistas preexistentes, Campaign for Socialism y Welsh Labour Grassroots, se han unido a Momentum como franquicias regionales, manteniendo gran parte de su perfil anterior. En general, el liderazgo de Corbyn ha tenido un impacto mucho más débil en la escena política escocesa. Inicialmente, los laboristas habían dominado el nuevo parlamento establecido durante el mandato de Blair a finales de la década de 1990, pero perdieron esa posición frente al PNE en 2007. Ese cambio no se manifestó en Westminster hasta 2015, cuando los laboristas perdieron todos menos uno de sus escaños escoceses. Aquella conmoción contribuyó a catalizar el ascenso del corbynismo durante los meses siguientes, pero luego se convirtió en una fuente de debilidad para el propio Corbyn. La crisis existencial del Partido Laborista escocés había tardado años en gestarse y llevará otros tantos superarla, si es que ello es posible. Después de 2015 no hubo un aumento del número de miembros comparable al experimentado al sur de la frontera: muchos de los que habrían sido los partidarios naturales de Corbyn ya se habían unido al PNE o a la campaña de izquierda por la independencia después del referéndum de 2014. La líder laborista escocesa Kezia Dugdale fue muy hostil con Corbyn. Bajo su dirección, los laboristas cayeron al tercer lugar en las elecciones al Parlamento escocés de 2016, por detrás de los conservadores recientemente resurgidos. El referéndum sobre el Brexit agravó los problemas del partido: Escocia votó por permanecer en la UE con una diferencia del 24 por 100, pero los laboristas, como organización británica, tuvieron que aceptar el voto por el abandono de la UE, dejando al PNE manos libres para hacer campaña por la permanencia en la misma.

La respuesta del PNE a Corbyn reveló mucho sobre su verdadero carácter político. El ascenso del partido se basó en una posición hábil, generalmente unos pasos a la izquierda del Nuevo Laborismo. Gran parte del

ímpetu tras la campaña a favor de la independencia en 2014 provino de la sensación de que Escocia podría ser un refugio socialdemócrata frente a la austeridad conservadora si rompía con el Reino Unido<sup>44</sup>. Siempre hubo signos claros de que el PNE estaría dispuesto a virar a la derecha si resultaba conveniente: el veterano líder del partido, Alex Salmond, se refería a Irlanda como un modelo a seguir en sus bajos impuestos y su actitud favorable a las empresas, y defendió al sector bancario escocés antes de su colapso en 2008. La sucesora de Salmond, Nicola Sturgeon, se sentía feliz al oponerse a Corbyn por la derecha, acusándolo de «incompetencia» cuando los diputados laboristas se rebelaron contra una agenda política que el PNE afirmaba apoyar. Su partido aprovechó el Brexit para recalibrar su mensaje por la independencia, ofreciendo continuidad en lugar de cambio. Las armas nucleares son el tema principal en el que el PNE todavía se presenta a la izquierda de los laboristas: por supuesto, al no promover ninguna medida de desmantelamiento de los misiles Trident, los laboristas le han facilitado mucho la tarea.

En teoría Richard Leonard, el partidario de Corbyn que reemplazó a Dugdale como líder del Partido Laborista escocés en noviembre de 2017, debería gozar de mayores posibilidades para exponer las contradicciones del Partido Nacionalista Escocés (PNE), pero su impacto ha sido limitado: el Partido Laborista sigue por detrás de los conservadores escoceses en la mayoría de las encuestas de opinión y en ninguna circunscripción amenazan la ventaja disfrutada por el PNE. La ejecutoria de Leonard como líder ha sido decepcionante, pero su fracaso en cuanto a marcar una ruptura clara con las desacreditadas tradiciones de los laboristas escoceses, como lo hizo Corbyn en el conjunto del partido, señalaba un problema mucho mayor. Con los temas enredados del Brexit y la independencia dominando aún la agenda, el conservadurismo constitucional del Partido Laborista es otra desventaja<sup>45</sup>. En Gales los laboristas mantienen una posición mucho más fuerte, habiendo obtenido casi el 50 por 100 de los votos en las elecciones de 2017. El desarrollo de su lucha interna refleja el del partido escocés, con un líder contrario a Corbyn, Carwyn Jones, dando paso a finales de 2018 a una figura más izquierdista, Mark Drakeford. Pero dos décadas a cargo del gobierno regional

---

<sup>44</sup> Neil Davidson, «A Scottish Watershed», *NLR* 89, septiembre-octubre de 2014; ed. cast.: «La linde escocesa», *NLR* 89, noviembre-diciembre de 2014, pp. 7-31.

<sup>45</sup> Rory Scothorne analiza en «How Scottish Labour Is Moving Towards Constitutional Radicalism», *New Statesman*, 10 de julio de 2019, los movimientos recientes para abordar esta deficiencia de Leonard y sus aliados.

galés han fomentado los mismos malos hábitos que resultaron tan perjudiciales para el Partido Laborista en Escocia. El partido nacionalista galés Plaid Cymru se ha desplazado a la derecha con su nuevo líder, Adam Price, que aprovecha eficazmente los medios y es menos hostil a los conservadores que su predecesora socialista Leanne Wood. El partido de Drakeford tiene una clara necesidad de renovación a gran escala, sin la cual corre el riesgo de ser desbordado por Price<sup>46</sup>.

En los gobiernos locales los laboristas se encuentran a menudo en una posición contradictoria, oponiéndose a escala nacional a los recortes del gasto público que son puestos en práctica sobre el terreno por sus propios concejales. En la década de 1980, la izquierda laborista tenía una agenda de «socialismo municipal» que la enfrentó directamente con el gobierno de Thatcher y se convirtió en un objetivo clave para la caza de brujas de Neil Kinnock. Ahora la dinámica entre los dirigentes locales y nacionales se ha invertido, tratando estos últimos de minimizar el daño a la posición del Partido Laborista infligido por los concejales que favorecen a las empresas privadas a expensas de sus electores<sup>47</sup>. John McDonnell ha citado Preston, una ciudad del norte de Inglaterra donde el ayuntamiento laborista ha tratado de fomentar un modelo económico alternativo, como fuente de inspiración para el partido en el gobierno local<sup>48</sup>; pero tales experimentos municipales siguen siendo la excepción en un paisaje que aparece en conjunto bastante estéril.

### Vórtice

Teniendo asegurado tan sólo a medias el liderazgo en el partido, Corbyn se ha enfrentado al desafío que supone la crisis actual del Brexit. Los recursos tácticos que los laboristas han adoptado en respuesta a esa crisis han cambiado cada mes (o cada semana); pero hay un conjunto subyacente de factores y principios que han dado forma a esas maniobras. Una descripción precisa de la estrategia sobre el Brexit del Partido

---

<sup>46</sup> Para más detalles, véase la excelente cobertura de la política galesa en *New Socialist*: Gareth Leaman, «Detoxifying Welsh Labour», 31 de marzo de 2018; Meic Birtwistle, «Clear Red Water?», 31 de julio de 2018; Dan Evans, «Neither Red Nor Green: Labour's Dilemmas in Wales», 13 de octubre de 2018.

<sup>47</sup> Aditya Chakraborty, «A Labour Council Attacking Its Own People? This Is Regeneration Gone Bad», *The Guardian*, 25 de octubre de 2017, y «In Haringey the People Have Taken Over, Not the Hard Left», *The Guardian*, 1 de febrero de 2018.

<sup>48</sup> George Eaton, «How Preston – the UK's "Most Improved City" – Became a Success Story For Corbynomics», *New Statesman*, 1 de noviembre de 2018.



Laborista es vital para comprender cómo el sistema político británico ha llegado a su estado actual. La posición de Corbyn fue un éxito notable en las elecciones de 2017, no solo por mantener unida la coalición electoral del partido, sino también por responder a una opinión muy extendida. Los partidarios laboristas a menudo defendían la política del partido por razones pragmáticas. Aunque la base de sus votantes estaba dividida aproximadamente en la proporción de dos a uno entre los partidarios de la permanencia y los del abandono de la UE, las circunscripciones laboristas votaron por el Brexit en las mismas proporciones; el cálculo más minucioso admite que ciento cuarenta y nueve escaños ocupados optaron por abandonar, frente a ochenta y tres que lo hicieron por permanecer<sup>49</sup>. Pero también era una cuestión de principios aceptar el resultado del referéndum, como habían acordado los principales partidos (con la excepción del PNE). En una encuesta realizada durante la campaña electoral, la mayoría de los votantes partidarios de la permanencia aceptaban que el resultado del referéndum debía ser respetado: combinado con el electorado partidario del abandono, esto significaba que había un 68 por 100 de apoyo, aunque tibio, a la salida de Gran Bretaña de la UE<sup>50</sup>. Solo el 8 por 100 de los votantes laboristas consideraba el Brexit como el factor más importante para determinar su voto, desmintiendo las afirmaciones posteriores de que los partidarios de la permanencia simplemente habían «prestado su voto» a los laboristas con la esperanza de impedir la salida de Gran Bretaña de la UE<sup>51</sup>.

---

<sup>49</sup> Véase Chris Hanretty, «Areal Interpolation and the UK's Referendum on EU Membership», *Journal of Elections, Public Opinion and Parties*, vol. 27, núm. 4, 2017. Los votos en el referéndum no se contaron sobre la base de las circunscripciones parlamentarias y superponerlos con las estadísticas electorales es engañoso. Debido a los cambios de población, las circunscripciones del norte a menudo tienen electorados más pequeños que las de Londres y los *Home Counties* (los condados de renta alta que circundan la capital británica). El desglose de dos a uno entre los partidarios de permanecer o de abandonar la UE se trasladó a la base electoral mucho mayor del Partido Laborista en 2017.

<sup>50</sup> El 23 por 100 estaba de acuerdo con la afirmación «No apoyé que Gran Bretaña abandonara la UE, pero ahora el pueblo británico ha votado por hacerlo, el gobierno tiene el deber de cumplir su deseo», mientras que el 22 por 100 creía que «el gobierno debería ignorar el resultado del referéndum o tratar de revocarlo»: Chris Curtis y Marcus Roberts, «Forget 52%: The Rise of the “Re-Leavers” Means the Pro-Brexit Electorate is 68%», *YouGov*, 12 de mayo de 2017.

<sup>51</sup> «How Did This Result Happen? My Post-Vote Survey», *Lord Ashcroft Polls*, 9 de junio de 2017. En la misma encuesta, la mayoría de los votantes laboristas estaban «entusiasmados con el Brexit» (33 por 100) o lo aceptaban (24 por 100), mientras que el 43 por 100 se declaraban «hostiles» al Brexit.

Los «partidarios duros de la permanencia» insistían en que el Brexit iba a ser tan calamitoso que había que combatirlo a toda costa, incluso si eso significaba nadar contra la corriente de la opinión pública. Pero la idea de abandonar la UE era, en sí misma, políticamente indeterminada; el resultado dependerá de la forma en que se lleve a cabo. La alianza pro Brexit de 2016 estuvo compuesta por elementos «duros» y «blandos», y los comprometidos con una agenda nacionalista de derechas estaban flanqueados por otros cuya motivación estaba menos claramente definida<sup>52</sup>. Introducir una cuña entre partidarios duros y blandos del Brexit parecía una buena estrategia, y no solo en términos electorales: el resultado final podría ser un estatus más o menos similar al que disfruta Noruega, que respetaría la opción del electorado sacando a Gran Bretaña fuera de la UE, al tiempo que reduciría la disrupción de la vida cotidiana a un nivel insignificante. Un acuerdo en ese sentido también resolvería la cuestión de la frontera irlandesa. Si los laboristas conseguían neutralizar así el problema, liberarían espacio para concentrarse en su agenda política interna. Como objetivo era ciertamente más deseable que repetir el referéndum para revocar la primera votación, lo que prolongaría la polarización destructiva entre los partidarios y los contrarios al Brexit y bien podría dar lugar a un segundo triunfo para los primeros.

Si bien las elecciones de 2017 fortalecieron en buena medida la autoridad de Corbyn dentro de su partido, los avances del Partido Laborista también prepararon el escenario para un parlamento encenagado que en último término frenaría su impulso político. May había apostado todo al adelanto electoral, esperando obtener una aplastante mayoría que le permitiera negociar un acuerdo sobre el Brexit en los términos deseados. Al despojar a los conservadores de su mayoría parlamentaria, los laboristas le negaron esa oportunidad: ahora, cualquier acuerdo podía ser saboteado por los rebeldes conservadores que pensaran que era demasiado blando o demasiado duro. La dependencia de May con respecto al

---

<sup>52</sup> En el referéndum de 2016, el 65 por 100 de los votos por la salida de la UE provino de los votantes *tories* y del UKIP de 2015. El 37 por 100 de los votantes laboristas y el 36 por 100 de los votantes del PNE dieron su apoyo al abandono, junto con grupos más pequeños como los Verdes y los Demócratas Liberales. Solapándose con esas cifras, una minoría de votantes negros, asiáticos y musulmanes (27, 33 y 30 por 100, respectivamente) optó por el abandono. Es posible que estas cifras no correspondan precisamente a la división entre los partidarios del Brexit «duro» y «blando» (para eso sería necesario un sondeo más detallado), pero son muy sugerentes: «How the United Kingdom Voted on Thursday... and Why», *Lord Ashcroft Polls*, 24 de junio de 2016.

Partido Unionista Democrático agregó otro factor de incertidumbre. El PUD había hecho campaña por el abandono de la UE, pero su prioridad principal era evitar cualquier divergencia entre Irlanda del Norte y Gran Bretaña que pudiera poner en peligro la Unión.

En esas circunstancias, la opción más realista para May habría sido agachar la cabeza e intentar llegar a un acuerdo con el principal partido de la oposición, pero siguió adelante imperturbable, plegándose a la derecha conservadora y creándose más problemas para el futuro al legitimar el eslogan «[No llegar a] ningún acuerdo es mejor que un mal acuerdo». El mayor error del programa sobre el Brexit elaborado por el Partido Laborista puede haber sido la hipótesis tácita de que el gran capital intervendría para imponer cierta disciplina a su partido tradicional. Sin embargo, la clase capitalista británica demostró ser incapaz o estar poco dispuesta a inclinar la balanza en pro de un planteamiento más pragmático. May trató de unir a su partido en torno a la propuesta contenida en «*The future relationship between the United Kingdom and the European Union*», denominado acuerdo de Chequers, en julio de 2018, pero el European Research Group (ERG), de línea dura, ridiculizó sus términos como una violación inaceptable de la soberanía del Reino Unido, y Boris Johnson dimitió del gabinete como protesta. El ERG amenazó con movilizar al menos cien parlamentarios para rechazar dicho acuerdo. En cualquier caso, los líderes de la UE rechazaron el anteproyecto de Chequers cuando se lo presentó May.

Entretanto, el campo contrario al Brexit intensificó su esfuerzo para impulsar otro referéndum. Si bien los temores racionales de lo que podría significar el Brexit bajo el liderazgo conservador alimentaron el campo partidario de la permanencia, eran antiguos blairitas como Peter Mandelson y Alastair Campbell los que dominaban la dirección de la campaña People's Vote (PV), sesgando su orientación política. Como se quejaba alguien bien informado: «Como la campaña está llena de exdirigentes laboristas, parece como si su principal ambición fuera cambiar el Partido Laborista, más que tratar de cambiar la política»<sup>53</sup>. Esta distorsión de las prioridades llevó a los dirigentes del PV a adoptar una línea maximalista cínica, precisamente porque sabían que sería

---

<sup>53</sup> Adam Bienkov y Adam Payne, «The People's Vote Campaign Approaches Judgement Day in Battle to Secure a New Brexit Referendum», *Business Insider*, 25 de enero de 2019.

prácticamente imposible para los laboristas aceptarla<sup>54</sup>. Promovieron la falsa idea de que Corbyn había impuesto por su cuenta una línea «pro Brexit» al PLP, cuyos miembros se apresurarían a apoyar la demanda de un segundo referéndum. El objetivo declarado abiertamente de la campaña PV era eliminar de la mesa todas las opciones de compromiso, de modo que la única alternativa a permanecer en la UE fuera una ruptura drástica sin acuerdo<sup>55</sup>.

Dada esta dinámica polarizadora, los adversarios internos de Corbyn en el partido como Tom Watson y Chuka Umunna entendieron la causa de la permanencia como la mejor manera de socavar su liderazgo, enviando sus anteriores argumentos para aceptar el resultado del referéndum a la trituradora histórica. Los desacuerdos políticos genuinos dentro del grupo parlamentario laborista sobre el Brexit podrían conciliarse con un enfoque hábil, pero nunca hubo ninguna posibilidad de ganarse a esos oportunistas. Los principales columnistas de *The Guardian* hicieron lo mismo: después de años de presentar el pragmatismo electoral como la virtud política suprema, figuras como Toynbee y Freedland parecían sentir una excitación psíquica al denunciar al liderazgo laborista por su falta de pureza ideológica. La conferencia laborista de septiembre de 2018 aprobó una moción de compromiso, que trató de equilibrar las diferentes perspectivas faccionales, manteniendo abiertas «todas las opciones», incluida la idea de «hacer campaña para una votación pública» si el Partido Laborista no era capaz de forzar unas elecciones generales después de que el acuerdo de May fuera rechazado.

### *Naufragio*

En noviembre de 2018 el Consejo Europeo aprobó el Acuerdo de Retirada que May había concluido con el negociador de la Comisión, Michel Barnier. El paquete final de May era aún menos digerible para el ERG que su plan Chequers, con un papel continuo para el Tribunal de Justicia de la Unión Europea durante un periodo de transición de duración incierta y sin espacio para la salida unilateral de la «salvaguarda»

---

<sup>54</sup> En privado, la firma de consultoría empresarial de Mandelson aseguró a sus clientes que el Brexit era inevitable: Solomon Hughes, «Peter Mandelson Calls For a “People’s Vote” While Telling Potential Clients Brexit Can’t Be Stopped», *Vice*, 19 de diciembre de 2018.

<sup>55</sup> Alex Wickham, «The Campaign for a People’s Vote on Brexit Has Descended into Infighting and Splits», *Buzzfeed News*, 22 de enero de 2019.

diseñada para evitar una frontera dura en suelo irlandés. Pronto se hizo evidente que la líder conservadora no tenía el apoyo suficiente para obtener la aprobación de la Cámara de los Comunes. Retrasó la votación hasta el año nuevo, lo que simplemente pospuso la humillación. En enero de 2019, los parlamentarios conservadores de ambos extremos del espectro del partido se unieron con el Partido Unionista Democrático norirlandés y los partidos de oposición para infligirle una derrota sin precedentes: doscientos dos votos contra cuatrocientos treinta y dos. Corbyn presentó luego una moción de desconfianza para desencadenar unas elecciones generales, pero los unionistas se pusieron del lado de May y fue derrotada.

A primeros de febrero, la dirección laborista presentó una serie de demandas más concretas y alcanzables para reemplazar sus «seis pruebas» anteriores. Pidió una «alineación estrecha con el mercado único», una «unión aduanera permanente e integral de todo el Reino Unido» con la UE, y una «alineación dinámica de derechos y protecciones para que los estándares del Reino Unido se mantengan como mínimo a la par con la evolución de los estándares en Europa»<sup>56</sup>. Funcionarios de la UE indicaron que podían trabajar con el plan de Corbyn<sup>57</sup>. Al mismo tiempo, sin embargo, la dirección laborista se vio sometida a una intensa presión para que hiciera campaña por el cese total del Brexit. Chuka Umunna sacó a ocho diputados derechistas del grupo parlamentario laborista en febrero de 2019. Su desafortunado grupo escindido convirtió el segundo referéndum en una de sus demandas clave, pero solo logró desviar la atención sobre May en un momento crucial. Un desafío más firme de los partidarios duros de la permanencia provino de los Liberal Demócratas, el Partido Verde, el PNE y Plaid Cymru. Los estrépitos internos dentro del PLP y el gabinete en la sombra aumentaron como consecuencia de esa amenaza externa. Corbyn se sintió obligado a mantener abierta la idea de una segunda votación como último recurso, aunque era evidente su escaso entusiasmo al respecto. Esto desdibujó los contornos manifiestos de la defensa por el Partido Laborista del Brexit suave que se estaba llevando a cabo al mismo tiempo.

---

<sup>56</sup> Stephen Bush, «Jeremy Corbyn Throws His Weight Behind a Soft Brexit in Surprise Letter to Theresa May», *New Statesman*, 6 de febrero de 2019.

<sup>57</sup> Jon Stone, «EU Parliament Chiefs Welcome Jeremy Corbyn's New Brexit Plans», *The Independent*, 7 de febrero de 2019.

El 29 de marzo de 2019, el tercer y último intento de May de impulsar su acuerdo fracasó, una vez más, por doscientos ochenta y seis votos frente a trescientos cuarenta y cuatro<sup>58</sup>. Algunos parlamentarios pidieron una serie de «votos indicativos» sobre distintas opciones. Corbyn propuso a los diputados laboristas votar a favor de tres de ellas –un «voto público confirmatorio» sobre cualquier acuerdo aprobado por el parlamento; una unión aduanera con la UE; y un acuerdo de mercado único/unión aduanera (denominado «Noruega Plus»)–, pero abstenerse en una moción que ordenara al gobierno revocar totalmente el Artículo 50, si era necesario para evitar una salida sin acuerdo. Ninguna de esas propuestas tenía asegurada una mayoría en el parlamento: los diputados estaban dispuestos a votar contra la salida sin acuerdo como propuesta abstracta, pero no a apoyar ninguna alternativa concreta<sup>59</sup>. Habiendo agotado el plazo previsto, May no tuvo más remedio que solicitar una ampliación para el proceso del Brexit. El Consejo Europeo, dividido sobre si alargar el plazo, como quería Merkel, o acortarlo, siguiendo la línea de Macron, acordó como nueva fecha límite para el Brexit del 31 de octubre de 2019, lo que significaba que el Reino Unido participaría en las elecciones al Parlamento Europeo del 23 de mayo.

Sin embargo, frente a un gobierno cuya autoridad disminuía a ojos vistas, los laboristas se vieron fuertemente limitados en su intento de sacar ventaja. El enfoque implacable sobre el Brexit desvió la atención del programa de reforma nacional que era la pieza central del proyecto de

---

<sup>58</sup> Tres diputados laboristas desafiaron el mandato del partido al votar a favor del acuerdo de May en las dos primeras ocasiones y cinco lo hicieron en la tercera.

<sup>59</sup> A la moción sobre la unión aduanera le faltaron sólo tres votos, después de que treinta y siete diputados conservadores decidieran apoyarla, mientras que diez diputados laboristas rompieran la disciplina del partido para votar en contra; «Noruega Plus» cayó por veintidós votos, con treinta y tres diputados conservadores y quince laboristas desentendiéndose del mandato de su grupo. La mayoría de los rebeldes laboristas apoyaban el Brexit en principio (Kate Hoey, John Mann) o representaban circunscripciones que habían votado por el abandono de la UE. Sin embargo, entre ellos estaba el rival de Corbyn en 2016, Owen Smith, quien siguió la línea de People's Vote de polarizar la elección entre un Brexit sin acuerdo y la permanencia. La facción escindida de Umunna adoptó el mismo enfoque. Los treinta y cinco parlamentarios de PNE se abstuvieron en cuanto a la unión aduanera, pero apoyaron la «Noruega Plus», mientras que los once Liberal Demócratas dividieron sus votos de tres maneras en ambas mociones. Solo quince diputados conservadores estaban dispuestos a respaldar la moción del segundo referéndum, que cayó por doce votos, con veinticuatro diputados laboristas rompiendo la disciplina de voto. La revocación del Artículo 50 supuso una fuerte derrota sin el apoyo oficial de los laboristas, aunque ciento veintidós diputados laboristas votaron de todos modos a favor de la moción, con ciento cuatro abstenciones y dieciocho votos en contra.

Corbyn. También puso las complejidades del procedimiento parlamentario en lo alto de la agenda política, cuando el equipo de Corbyn hubiera preferido emprender campañas fuera de Westminster. Los laboristas se hallaban en la incómoda posición de ofrecer un compromiso sobre el Brexit –de hecho, varios compromisos a la vez–, que poca gente podía considerar realmente atractivo. «Noruega Plus» podría ser preferible al acuerdo de May, pero los argumentos más serios a su favor destacaban lo poco que cambiaría el *statu quo*. Entretanto, los incesantes ataques internos a la política de Corbyn eran de por sí perjudiciales.

Estas presiones contra los laboristas se manifestaron en las elecciones europeas. Quienes participaron –sólo el 37 por 100 de los posibles votantes–, aprovecharon la oportunidad principalmente para expresar su punto de vista sobre el Brexit. Las propias elecciones simbolizaban el fracaso de May en el cumplimiento de sus planes, y los votantes conservadores la abandonaron en masa, cayendo el porcentaje del partido conservador por debajo del 9 por 100. Los partidarios de salir de la UE optaron mayoritariamente por votar al nuevo Partido Brexit de Nigel Farage, que encabezaba los resultados con el 30,5 por 100. Los votantes partidarios de la permanencia se inclinaron en la dirección opuesta, respaldando a los Liberal Demócratas (casi el 20 por 100) y a los Verdes (un poco menos del 12 por 100). La opción del Brexit blando de Corbyn y su intento de orientar el debate hacia las preocupaciones políticas internas no encontraron el respaldo del electorado: los laboristas terminaron en tercer lugar, recogiendo el 13,6 por 100 de los votos. Al día siguiente May anunció su renuncia.

Los llamamientos para que los laboristas apoyen un segundo referéndum se intensificaron tras el revés electoral<sup>60</sup>. Watson endureció su posición, exigiendo que los laboristas no sólo hagan campaña en pro de un segundo referéndum, sino que apoyen vigorosamente la permanencia en todas las circunstancias. Pero aliados de Corbyn como John

---

<sup>60</sup> La victoria laborista en las elecciones parciales de Peterborough dos semanas después le dio un respiro a Corbyn. La ocasión parecía hecha a medida para el Partido Brexit: se trata de una circunscripción mayoritariamente partidaria de la salida de la UE en la que los laboristas obtuvieron una pequeña mayoría en 2017 y cuyo representante se negó a renunciar después de ser condenado por perjurio, obligando a sus electores a organizar una petición de revocación. Pero los laboristas sostuvieron el desafío del candidato de Farage. La importancia de Peterborough podría medirse observando la furia no disimulada de la derecha del grupo parlamentario laborista, que había hecho todo lo posible para sabotear la campaña de su partido.

McDonnell y Diane Abbott, junto con algunos de los parlamentarios más jóvenes de la izquierda (Lloyd Russell-Moyle, Kate Osamor), también proponían un cambio de estrategia. Las divisiones sobre el Brexit atravesaban la división izquierda/derecha en el PLP: destacados laboristas como el presidente del partido, Ian Lavery, se oponían firmemente a un segundo referéndum, y McCluskey argumentó contra un cambio repentino hacia el campo favorable a la permanencia dura, mientras otro grupo de diputados, que incluía adversarios acérrimos de Corbyn como Stephen Kinnock y Ruth Smeeth, también redactó una carta abierta, denunciando la idea «tóxica» de un segundo referéndum como un regalo a la derecha nacionalista<sup>61</sup>.

Incluso por razones tácticas, el hecho de que la opción del Brexit suave parezca poco práctica no significa que un segundo referéndum sea más fácil de lograr. Para ambas posibilidades los principales obstáculos son el Partido Conservador y el equilibrio de fuerzas en Westminster. Sin eliminar esos obstáculos, los laboristas no están en mejor posición para convocar un referéndum que para impulsar un acuerdo de Brexit suave<sup>62</sup>. En cualquier caso, asegurar un referéndum es una cosa y ganarlo otra muy distinta<sup>63</sup>. Amigos y enemigos por igual reclaman a la dirección del Partido Laborista que adopte un objetivo que no es más deseable ni alcanzable que su pretensión anterior, alegando la necesidad de evitar un colapso electoral.

---

<sup>61</sup> «Brexit: Labour MPs Urge Corbyn Not to Go “Full Remain”», *BBC News*, 19 de junio de 2019. La mayoría de los diputados que firmaron la carta representaban distritos del norte de Inglaterra, al igual que Ian Lavery; Osamor, Russell-Moyle y los demás defensores de izquierdas de una política partidaria de la permanencia tienen su base electoral en ciudades como Londres y Brighton, donde el sentimiento contrario al Brexit es fuerte.

<sup>62</sup> Una encuesta realizada a mediados de junio de 2019 indicó que el Brexit suave sigue siendo el resultado más popular, o menos impopular, cuando se pide a los votantes que clasifiquen las diversas opciones en orden de preferencia. El 66 por 100 dio como primera o segunda preferencia un acuerdo de mercado único/unión aduanera; permanecer en la UE fue la opción más alta de primera preferencia (43 por 100, en comparación con el 16 por 100 para el Brexit suave), subiendo hasta el 50 por 100 si se añadía la segunda preferencia. El acuerdo de May ocupaba el tercer lugar según la misma escala (45 por 100), con el «no acuerdo» en último lugar (39 por 100): resultados de la encuesta *YouGov / The Times*, 17-18 de junio de 2019.

<sup>63</sup> Se debe agregar un factor adicional a los problemas intrínsecos de la permanencia: si se lleva a cabo un segundo referéndum con Corbyn como líder laborista, sus supuestos aliados partidarios de no abandonar la UE lo usarán sin duda como plataforma para dañar a la izquierda. No habrá tregua táctica durante la campaña y cualquier crítica a la UE por parte de los políticos laboristas provocará aullidos de indignación.



La última iniciativa de Corbyn estuvo a la altura del compromiso incondicional pro permanencia que buscaban sus oponentes. En julio de 2019 anunció que el Partido Laborista haría campaña por la permanencia en la UE, si ésta era la única alternativa a una salida sin acuerdo o a «un acuerdo conservador que no proteja la economía y el empleo»; por otro lado, si los laboristas formaran un gobierno antes de la fecha límite del Brexit y tuvieran tiempo para negociar su propio paquete, someterían ese acuerdo al voto popular, con la permanencia como opción alternativa<sup>64</sup>. La nueva línea podría funcionar, pero si los adversarios de Corbyn dentro del partido lo permitirán o no es una cuestión muy diferente.

### *Posibilidades de futuro*

La clase gobernante británica se ha jactado durante mucho tiempo de su constitución no escrita. Pero en ausencia de un marco coherente y codificado, la crisis del Brexit ha producido un estancamiento político-nacional, con el gobierno derrotado en su legislación clave, pero capaz de evitar unas nuevas elecciones que tal derrota habría provocado de otro modo, gracias a la *Fixed-Term Parliaments Act* acordada por Cameron y Nick Clegg para apuntalar su coalición en 2010. Frente a ese bloqueo, la toma de decisiones recayó en los conservadores de base, un grupo social envejecido, menguante y cada vez más reaccionario, con una obsesión por el Brexit difícil de explicar en términos estrictamente racionales. Eligieron a Boris Johnson, uno de los principales causantes de las tribulaciones actuales de su partido, como el próximo primer ministro del Reino Unido.

El nuevo líder conservador podría optar por unas elecciones anticipadas en otoño polarizadas en torno al Brexit con el objetivo de cerrar un acuerdo para compartir gobierno con Farage y hacer limpieza a expensas de una oposición dividida. Otra opción sería tratar de asegurar algunos ajustes al paquete de May desde Bruselas, blandiendo la amenaza de la salida sin acuerdo, y confiar en el instinto de poder de su partido para aprobarlo en el parlamento. En ese caso, la aprobación de la legislación sobre el Brexit requeriría una ampliación de quizá seis meses después del 31 de octubre, con un periodo de transición que se extendería durante varios años después. Pero Johnson podría esperar el logro formal del Brexit para la primavera de 2020 y el poder para obtener una victoria en unas elecciones a continuación.

---

<sup>64</sup> Sienna Rodgers, «Corbyn Tells Members: Labour Backs Remain Against No Deal or Tory Deal», *LabourList*, 9 de julio de 2019.

Muchos factores podrían hacer descarrilar esa agenda: la difícil aritmética parlamentaria, la política irlandesa, o la gestión incompetente del propio primer ministro. También es posible que Johnson mantenga su retórica de la salida sin acuerdo hasta el punto de someterla a votación en Westminster, con la esperanza y la expectativa de que los disidentes conservadores unan sus fuerzas con la oposición en una moción de desconfianza, allanando el camino para una alianza por el Brexit duro en unas elecciones anticipadas por una ruta más indirecta. Con cuatro o incluso cinco partidos compitiendo en la arena electoral, más los nacionalistas escoceses y galeses, el resultado del sistema electoral mayoritario sería, en el mejor de los casos, volátil y, en el peor, caótico en cuanto a reflejar la voluntad popular. Si la apuesta de Johnson no le otorga una mayoría clara, podrían abrirse paso los murmullos públicos de Watson sobre un gobierno de coalición nacional. No es creíble que Corbyn pueda reproducir el papel de Ramsay MacDonald en 1931, aunque puede haber otros candidatos para los papeles de Philip Snowden o Jimmy Thomas.

Si los laboristas no logran formar gobierno bajo el liderazgo de Corbyn, la presión por una retirada ideológica será fuerte, aunque es más probable que se vista con colores suaves de izquierda que con el blairismo antediluviano. La coalición interna en el partido que respalda a Corbyn (sindicatos, miembros, diputados) puede comenzar a romperse pronto bajo el peso de esa presión. Sin embargo, si Corbyn logra convertirse en primer ministro de Gran Bretaña, hay varios resultados posibles. No es muy útil especular en este momento sobre el equilibrio de las fuerzas parlamentarias en Westminster, aparte de señalar lo obvio: cuanto mayor sea la mayoría que los laboristas puedan reunir, menos vulnerable será al sabotaje, ya sea por parte de socios truculentos de coaliciones o de intransigentes de la derecha del grupo parlamentario laborista.

En el primer escenario, la dirección de Corbyn se vería obligada a retirarse apresuradamente por la resistencia conservadora, así como de sus propios diputados, y se encontraría en la misma posición que Syriza en Grecia, aplicando medidas políticas que sus seguidores esperaban que combatiera y quemando las reservas de capital político que tanto ha costado acumular. Hay muchos precedentes en ese sentido en las últimas décadas. Una predicción más esperanzadora sería que el Partido Laborista en el gobierno demuestre ser una *rara avis* en los tiempos modernos, un partido reformista que efectivamente impulsa reformas:

derogación de leyes antisindicales, ampliación de la propiedad pública, un sistema tributario más progresivo. Gran parte de la base de Corbyn quedaría satisfecha si puede hacer realidad el manifiesto de 2017: después de una generación de hegemonía de la derecha, desde Thatcher y Blair hasta Cameron, May y Johnson, una versión renacida de la socialdemocracia, por limitada que sea, podría resultar más atractiva que en el momento de apogeo keynesiano.

Un tercer escenario implicaría un retorno a las ideas que animaron a las fuerzas de izquierda durante las décadas de 1960 y 1970, cuando reconocieron las limitaciones del predominio socialdemócrata incluso en sus encarnaciones nórdicas más exitosas. Esa estrategia, asociada a pensadores como Ralph Miliband, André Gorz y Nicos Poulantzas, llevaba el ambiguo nombre de «reformismo revolucionario»: las reformas que preveía iban a ir mucho más allá que las promovidas por los gobiernos socialdemócratas de posguerra, socavando realmente las raíces del poder capitalista, provocando una crisis dentro de la maquinaria estatal y confiando en la movilización masiva para vencer la resistencia del bloque conservador, cuyos líderes no mostrarían respeto por las mayorías electorales cuando sus intereses fundamentales estuvieran en juego<sup>65</sup>. Tal pensamiento influyó fuertemente en la izquierda bennita de la que provienen Corbyn y McDonnell, aunque el actual programa laborista es mucho menos ambicioso<sup>66</sup>. Pero en las circunstancias actuales, este es, con mucho, el menos probable de los tres escenarios.

---

<sup>65</sup> André Gorz, «Reform and Revolution», *Socialist Register* 1969; Ralph Miliband y Marcel Liebman, «Beyond Social Democracy», *Socialist Register* 1985/1986; Nicos Poulantzas, «The State and the Transition to Socialism», en James Martin (ed.), *The Poulantzas Reader*, Londres y Nueva York, 2008.

<sup>66</sup> André Gorz, en particular, se ha convertido en un punto de referencia para algunos líderes corbynitos. Para Gorz, sin embargo, las «reformas no reformistas» no eran simplemente medidas que consolidaran el apoyo a un movimiento de izquierda al proporcionar mejoras tangibles: «Su función es educar y unir las fuerzas sociales real o virtualmente anticapitalistas mediante la lucha por objetivos sociales y económicos irrefutables –y sobre todo, por una orientación nueva del desarrollo económico y social– adoptando en un primer momento el método de las reformas democráticas y pacíficas. Pero hay que adoptar este método *no porque sea viable o intrínsecamente preferible, sino, por el contrario, porque las resistencias, los límites, las eventualidades con las que chocará inevitablemente al cabo de poco tiempo son las únicas que pueden demostrar la necesidad de transformaciones socialistas a fuerzas sociales que aún no están preparadas para éstas [...]*. Obviamente, tal estrategia no se puede realizar en el marco de una alianza en la cúspide con formaciones neocapitalistas, es decir, socialdemócratas y centristas, que inmediatamente se propondrían limitar la acción reformista a medidas aceptables para la burguesía», A. Gorz, «Reform and Revolution», cit, pp. 118-119 (cursiva en el original); ed. cast.: *Estrategia obrera*

Para que se materializara el segundo de ellos, por no hablar del tercero, sería necesario que los laboristas afrontaran todas las barreras al cambio incrustadas en el Estado británico y su gobierno permanente: el Departamento del Tesoro y el Banco de Inglaterra, el Ministerio del Interior y el Ministerio de Defensa, por no mencionar el MI5. Corbyn y su círculo íntimo han demostrado una comprensión más lúcida de esas barreras que cualquier grupo dirigente laborista anterior, pero eso no garantiza que puedan superarlas<sup>67</sup>. Un gobierno de Corbyn necesitaría una fuerza compensatoria propia para evitar la derrota: si esa fuerza no se materializa, las esperanzas invertidas en ese momento político pueden desvanecerse rápidamente. Con excepciones dispersas, los sindicatos se han acobardado durante toda una generación, persiste la demonización del laborismo como cultura política y el incremento del activismo corbynita aún no se ha extendido al conjunto de la sociedad. De hecho, salvo un cambio importante, el movimiento dependerá de un gobierno de izquierdas para cobrar impulso, y no al revés. Si Corbyn logra llegar al el poder después de las próximas elecciones, habrá superado muchos obstáculos formidables, pero aún tendrá por delante sus mayores desafíos.

---

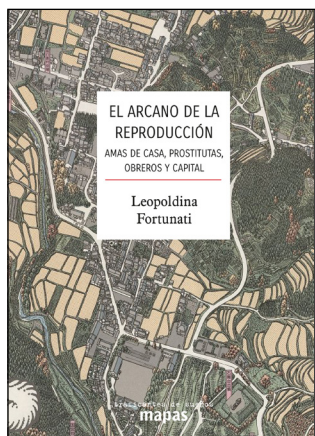
y *neoliberalismo*, México DF, 1969, pp. 224-225; Gorz cita en su apoyo a Bruno Trentin, «Les doctrines néocapitalistes et l'idéologie des forces dominantes», publicado en *Les Temps Modernes*, núm. 196, septiembre de 1962.

<sup>67</sup> El director de comunicaciones de Corbyn, Seumas Milne, escribió quizá la exposición más importante sobre el Estado secreto de Gran Bretaña y su papel en la configuración de la vida política, *The Enemy Within* (1995). Los trucos sucios que Milne documentó en la lucha de Thatcher contra el sindicato de mineros se superarán con facilidad, si un gobierno de izquierda emprende su trabajo con verdadera determinación.

traficantes de sueños

www.traficantes.net

C/Duque de Alba 13, 28012. Madrid



## **El arcano de la reproducción.**

**Amas de casa, prostitutas, obreros y capital**

**Leopoldina Fortunati**

Colección: Mapas 55

PVP: 22 €

Este es un libro anómalo, al menos desde una perspectiva feminista. Con una profundidad que exige esfuerzo, al tiempo que produce perplejidad, Fortunati nos introduce de lleno en una crítica interna

a las categorías marxianas. En el centro de la discusión, se encuentra el trabajo de reproducción y cómo éste, realizado mayoritariamente por mujeres, ha sido objeto de una continua desconsideración por parte de la propia tradición marxista. A partir de estas premisas, Fortunati explora la doble figura de la mujer como obrera del hogar y secundariamente como obrera del sexo, ambas en posición subordinada y sin embargo crucial en la reproducción presente de la fuerza de trabajo masculina y futura en el marco de la familia capitalista. La acumulación de capital se muestra así como un proceso complejo que requiere para su realización no únicamente del trabajo de fábrica, sino también de una explotación completa del trabajo femenino.

Atenta a las transformaciones que se producían ya a finales de la década de 1970 y al impacto que el feminismo tuvo en la crisis de la familia patriarcal, este libro tiene a la vez la condición de arqueología del tiempo presente y de inspiración de lo que puede una crítica feminista y anticapitalista. La actual centralidad de la reproducción y de los cuidados en el análisis no debe escapar a la lectura de este texto clásico, que hasta ahora no ha estado disponible en lengua castellana.